

Comprender las raíces de la esclavitud



PARA SER TOTALMENTE LIBRE *uno necesita ser totalmente consciente, porque nuestra esclavitud está enraizada en nuestra inconsciencia; no viene del exterior. Nadie puede quitarte la libertad. Pueden aniquilarte, pero no se te puede arrebatar tu libertad a menos que tú la entregues. En última instancia, siempre es tu deseo de no ser libre lo que hace que dejes de ser libre. Es tu deseo de ser dependiente, tu deseo de dejar la responsabilidad de ser tú mismo, lo que hace que dejes de ser libre.*

En el momento que asumes la responsabilidad de ti mismo... recuerda que no es todo un camino de rosas, que hay espinas; no es todo dulce, hay muchos momentos amargos. Lo dulce siempre es equilibrado con lo amargo, siempre llegan en la misma proporción. Las rosas son equilibradas por las espinas, los días por las noches, el verano por los inviernos. La vida mantiene un equilibrio entre los polos opuestos. De modo que quien esté dispuesto a aceptar la responsabilidad de ser él mismo, con todas sus bellezas, amarguras, sus alegrías y agonías, puede ser libre. Solo semejante persona puede ser libre...

Vívelo en toda su agonía y todo su éxtasis; ambos son tuyos. Y recuerda siempre: el éxtasis no puede vivir sin la agonía, la vida no puede existir sin la muerte, y la alegría no puede existir sin la tristeza. Así son las cosas; no se puede hacer nada al respecto. Esa es la naturaleza misma, el Tao mismo de las cosas.

Acepta la responsabilidad de ser tú mismo tal como eres, con todo lo que es bueno y con todo lo que es malo, con todo lo que es bello y lo que no es bello. En esa aceptación sucede una transcendencia y uno se hace libre.

LA SOCIEDAD Y LA LIBERTAD DEL INDIVIDUO. ENTREVISTA

Las normas sociales parecen ser una necesidad básica para los seres humanos. Sin embargo, ninguna sociedad ha ayudado nunca al hombre a realizarse. ¿Puedes explicar, por favor, qué tipo de relación existe entre los individuos y la sociedad, y cómo pueden ayudarse mutuamente a evolucionar?

Es una cuestión muy compleja, pero también muy fundamental. En toda la existencia, solo el hombre necesita normas. Ningún otro animal necesita normas.

Lo primero que hay que comprender es que las normas son artificiales. La razón por la que el hombre las necesita es que ha dejado de ser un animal, pero aún no es humano: está en un limbo. Eso es lo que crea la necesidad de todas las normas. Si fuera un animal, no habría necesidad. Los animales viven perfectamente bien sin normas, constituciones, leyes, tribunales. Si el hom-

bre realmente se hace humano —no solo nominalmente, sino en realidad— no necesitará ninguna norma.

Muy pocas personas se han realizado hasta ahora. Por ejemplo, para hombres como Sócrates, Zaratustra, Bodhidharma, no hay necesidad de ninguna norma. Están lo suficientemente alertas para no hacer daño a nadie. No hay necesidad de ninguna ley, de ninguna constitución. Si toda la sociedad evoluciona hasta ser auténticamente humana, habrá amor, pero no habrá ley.

El problema es que el hombre necesita normas, leyes, gobiernos, tribunales, ejércitos, una fuerza policial, porque ha perdido la conducta natural de un animal y aún no ha vuelto a obtener un nuevo estado natural. Está justo entremedias. No está en ninguna parte, es un caos. Para controlar ese caos, son necesarias todas estas cosas.

El problema se vuelve más complejo porque las fuerzas que se han desarrollado para controlar al hombre —las religiones, los estados, los tribunales— se han vuelto muy poderosas.

Hubo que darles poder, de lo contrario, ¿cómo iban a controlar a la gente? De manera que caímos en una especie de esclavitud por iniciativa propia. Ahora que esas instituciones se han vuelto poderosas, no quieren renunciar a sus intereses creados. No quieren que el hombre evolucione.

Preguntas que cómo pueden evolucionar el hombre y la sociedad, el individuo y la sociedad. No comprendes el problema en absoluto. Si el individuo evoluciona, la sociedad se disuelve. La



Si el hombre
realmente se hace
humano —no solo
nominalmente, sino
en realidad—
no necesitará
ninguna norma.
Muy pocas personas
se han realizado
hasta ahora.

sociedad existe solo porque no se permite evolucionar al individuo. Todos estos poderes han estado controlando al hombre durante siglos, y disfrutando su poder y su prestigio. No están dispuestos a dejar que el hombre evolucione, a dejar que el hombre se desarrolle hasta el punto en que ellos y sus instituciones se vuelvan inútiles. Hay muchas situaciones que te ayudarán a comprender.

Sucedió en China, hace veinticinco siglos...

Lao Tse fue muy famoso, un sabio, sin duda alguna uno de los hombres más sabios de todos los tiempos. El emperador de China le pidió muy humildemente que fuera el jefe de su tribunal supremo, porque nadie podría guiar las leyes del país mejor que él. Él trató de convencer al emperador: «No soy la persona adecuada», pero el emperador seguía insistiendo. Lao Tse dijo:

—Si no quiere usted escucharme... Con un solo día que pase yo en el tribunal se convencerá de que no soy la persona adecuada, porque el *sistema* es erróneo. Por humildad, no le estaba diciendo la verdad. O puedo existir yo, o puede existir su ley y su orden y su sociedad. Así que... intentémoslo.

El primer día trajeron al tribunal a un ladrón que había robado casi la mitad de la fortuna del hombre más rico de la capital. Lao Tse escuchó el caso y luego dijo que tanto el ladrón como el hombre más rico deberían ir a la cárcel durante seis meses.

—¿Qué está diciendo usted? Me han robado, me han desvalijado... ¿Qué tipo de justicia es esta, que me está mandando a la cárcel el mismo período de tiempo que al ladrón? —dijo el rico.

—Ciertamente, no estoy siendo justo con el ladrón. Usted tiene más necesidad de estar en la cárcel, porque ha acumulado tanto dinero para usted mismo, ha privado a tanta gente de dinero...

Miles de personas están en la miseria y usted sigue acumulando más y más dinero. ¿Para qué? Su propia avaricia está creando estos ladrones. Usted es responsable. El primer delito es suyo —respondió Lao Tse.

La lógica de Lao Tse es absolutamente clara. Si va a haber demasiada gente pobre y solo unos pocos ricos, no se puede evitar que haya ladrones, no se pueden evitar los robos. La única manera de evitarlos es tener una sociedad en la que todos tengan lo suficiente para satisfacer sus necesidades, y nadie acumule innecesariamente solo por avaricia.

—Antes de que me envíe a la cárcel, quiero ver al emperador, porque esto no es conforme a la constitución; esto no es conforme a la ley del país —protestó el rico.

—Eso es culpa de la constitución y culpa de la ley del país. Yo no soy responsable. Vaya a ver al emperador —replicó Lao Tse.

El rico le dijo al emperador:

—Escuche, este hombre debería ser depuesto de su cargo inmediatamente;

es peligroso. Hoy voy yo a la cárcel, mañana estará en la cárcel usted. Si quiere salvarse, hay que echar a este hombre; es absolutamente peligroso. Y es muy racional. Lo que dice es correcto; puedo entenderlo, ¡pero nos destruirá!

El emperador lo comprendió perfectamente bien: «Si este



Si va a haber demasiada gente pobre y solo unos pocos ricos, no se puede evitar que haya ladrones, no se pueden evitar los robos. La única manera de evitarlos es tener una sociedad en la que todos tengan lo suficiente para satisfacer sus necesidades, y nadie acumule innecesariamente solo por avaricia.

rico es un criminal, entonces yo soy el mayor criminal del país. Lao Tse no dudará en enviarme a la cárcel».

Lao Tse fue eximido de su cargo. Dijo:

—Intenté decírselo antes; me está haciendo perder el tiempo innecesariamente. Le dije que no soy la persona adecuada. La realidad es que su sociedad, su ley y su constitución no están en lo correcto. Necesita gente errónea para hacer funcionar este sistema erróneo.

El problema es que las fuerzas que creamos para evitar que el hombre se desmoronase en el caos son ahora tan poderosas que no quieren dejaros libres para que crezcáis; porque si eres capaz de crecer, de convertirte en un individuo, alerta, despierto y consciente, no habrá necesidad de toda esta gente. Perderán su trabajo, y con su trabajo perderán su prestigio, su poder, su liderazgo, su sacerdocio, su papado; desaparecerá todo. De manera que los que fueron necesarios al principio por protección, se han convertido en los enemigos de la humanidad.

Mi enfoque no es luchar contra esas personas, porque son poderosas, tienen ejércitos, tienen dinero, lo tienen todo. No puedes luchar contra ellos, te destruirán. La única salida de este lío es empezar silenciosamente a desarrollar tu propia consciencia, lo que ellos no pueden evitar con ninguna fuerza. De hecho, ni siquiera pueden saber qué está pasando dentro de ti.

Yo te ofrezco la alquimia de la transformación interna. Cambia tu ser interno. Y en el momento que hayas cambiado, que te hayas transformado completamente, de pronto verás que estás fuera de tu prisión, ya no eres un esclavo. Eras un esclavo debido a tu caos.

Sucedió en la Revolución rusa...

El día que triunfó la revolución, una mujer iba andando en Moscú por el medio de la calzada. Un policía le dijo:

—Esto no está bien. No puede andar por el medio de la calzada.

—Ahora somos libres —afirmó ella.

Incluso si eres libre, tendrás que cumplir las normas de tráfico; de lo contrario, será imposible. Si los coches y las personas van por donde quieren, girando donde quieren, sin hacer caso de los semáforos, la gente simplemente se verá involucrada en accidentes, morirá. Esto hará que venga el ejército, para hacer que se cumpla la ley de que tienes que ir... por la derecha o por la izquierda, según se haya elegido en el país, pero nadie puede ir por el medio. Entonces, a punta de pistola, tendrás que obedecer las normas. Me acuerdo siempre de esa mujer; es muy simbólica.

Libertad no significa caos. Libertad significa más responsabilidad; tanta responsabilidad que nadie necesita interferir en tu vida. No hace falta hacer nada, el gobierno no necesita interferir contigo, la policía no necesita interferir contigo, la ley no tiene nada que ver contigo; simplemente estás fuera de su mundo.

Este es mi enfoque: si realmente se quiere transformar a la humanidad, cada individuo debería empezar a crecer por su cuenta. Y, de hecho, no se necesita una multitud para el crecimiento.



Cambia tu ser interno. Y en el momento que hayas cambiado, que te hayas transformado completamente, de pronto verás que estás fuera de tu prisión, ya no eres un esclavo. Eras un esclavo debido a tu caos.

El crecimiento es como un niño creciendo en el útero de una madre. No es necesaria ninguna multitud; la madre simplemente tiene que tener cuidado. Tiene que nacer en ti un nuevo hombre. Tienes que volverte el útero de un nuevo ser humano. Nadie lo sabrá, y es mejor que nadie lo sepa. Simplemente sigues haciendo tus tareas corrientes, viviendo en el mundo corriente, siendo normal y corriente; no volviéndote revolucionario, reaccionario, *punk* o *skinhead*. Eso no va a ayudar. Eso es una pura estupidez. Comprendo que se debe a la frustración, pero sigue siendo demencial. ¿La sociedad es demencial y, por frustración, tú pierdes el juicio? La sociedad no les tiene miedo a estas personas; la sociedad solo les tiene miedo a las personas que pueden centrarse tanto, pueden llegar a ser tan conscientes, que las leyes se vuelven inservibles para ellas. Siempre hacen lo correcto. Están fuera del alcance de lo que se llama intereses poderosos.

Si el individuo crece, la sociedad declinará. La manera en que se ha conocido la sociedad —con el gobierno, con el ejército, con los tribunales, con los policías, con las cárceles— esta sociedad declinará. Ciertamente, como hay tantos seres humanos, tendrán que crearse nuevas formas de colectividad. No quisiera llamarlas «sociedad», para evitar la confusión entre las palabras. A la nueva colectividad la llamo comuna. La palabra es significativa: significa un lugar en el que la gente no solo vive junta, sino en el que la gente está en profunda comunión.

Vivir juntos es una cosa; lo estamos haciendo: en toda ciudad, en toda población, miles de personas viven juntas... pero ¿qué tipo de unión hay? La gente ni siquiera conoce a sus vecinos. Viven en el mismo rascacielos miles de personas y nunca llegan a saber que están viviendo en la misma casa. No es unión porque no hay comunión. Es simplemente una masa de gente, no una

comunidad. De manera que me gustaría sustituir la palabra *sociedad* con la palabra *comuna*.

La sociedad se ha basado en ciertos principios. Será preciso eliminarlos; de lo contrario la sociedad no desaparecerá. La primera unidad de la sociedad, y la más importante, ha sido la familia: si la familia permanece tal como es, la sociedad no puede desaparecer, la iglesia no puede desaparecer; por tanto las religiones no pueden desaparecer. Y entonces no podremos crear un mundo, una humanidad.

La familia es psicológicamente anacrónica. No es que siempre haya existido; hubo un tiempo en el que no había familia, la gente vivía en tribus. La familia surgió debido a la propiedad privada. Hubo personas poderosas que lograron tener más propiedad privada que todos los demás y quisieron legársela a sus hijos. Hasta entonces, la familia no había sido importante. Los hombres y las mujeres se unían por amor; no había matrimonio ni familia. Pero una vez que surgió la propiedad, el hombre se volvió muy posesivo hacia la mujer. Convirtió también a la mujer en parte de su propiedad.

En las lenguas indias, de hecho, a la mujer se la llama «propiedad». En China, la mujer era una propiedad hasta tal punto que, si un marido mataba a su esposa, no había ninguna ley que lo castigara. No se cometía ningún delito: cualquiera es completamente libre de destruir su propiedad. Puedes quemar tus muebles, puedes quemar tu casa... no es un delito, es tu casa. Puedes matar a tu esposa...

Con la propiedad privada, también la mujer se convirtió en propiedad privada, y se pusieron en práctica todo tipo de estrategias para que el hombre pudiese estar absolutamente seguro de que el hijo que nacía de su mujer era realmente suyo.

Sin embargo, este es un problema difícil: el padre nunca puede estar absolutamente seguro; solo la madre lo sabe. Pero el padre creó todo tipo de barreras para impedir la movilidad de la mujer, para que no pudiera ponerse en contacto con otros hombres. Se le cerraron todas las posibilidades y todas las puertas.

No es una coincidencia que solo las mujeres mayores entren en las iglesias y los templos, porque durante siglos ese era el único lugar al que se les permitía ir, sabiendo perfectamente que la Iglesia es protectora de la familia. La Iglesia sabe muy bien que si la familia desaparece, desaparece la Iglesia. Y, por supuesto, la iglesia es el último lugar en el que pudiera suceder alguna aventura romántica. Han tomado todo tipo de precauciones. Y el sacerdote tiene que ser célibe —esto son garantías—, el sacerdote es célibe, está en contra del sexo, está en contra de las mujeres, de formas diferentes en las distintas religiones.

Un monje jainí no puede tocar a una mujer; de hecho, la mujer no debe acercarse a menos de dos metros y medio de un monje jainí. A un monje budista no se le permite tocar a una mujer. Hay religiones que no permiten que las mujeres entren en sus lugares religiosos, o tienen particiones para separarlas. Los hombres ocupan la parte principal del templo o la mezquita, las mujeres tienen un pequeño rincón, pero separadas. Los hombres ni siquiera pueden verlas; reunirse con alguien es imposible.

Muchas religiones, como el islam, han cubierto el rostro de sus mujeres. Los rostros de las mujeres musulmanas se han vuelto pálidos porque nunca ven la luz del sol. Sus rostros están cubiertos, sus cuerpos están cubiertos de todas las maneras posibles. La mujer no debe recibir una educación, porque los estudios dan a la gente extraños pensamientos. La gente empieza a pensar, la gente empieza a debatir...

A la mujer no se le permitía tener una profesión remunerada, porque eso significa independencia. De manera que fue excluida en todos los aspectos por una sencilla razón: para que el hombre pudiera estar seguro de que su hijo era realmente su hijo. Los que eran realmente poderosos —por ejemplo, los reyes orientales— tenían sirvientes castrados, porque andaban por el palacio, trabajando y sirviendo a otros. Tenían que ser castrados; de lo contrario, había un peligro... Y había peligro, porque todo emperador tenía cientos de esposas, a muchas de las cuales nunca llegaría a ver. Naturalmente, ellas se podían enamorar de cualquiera. Pero solo se permitía que entraran en palacio hombres castrados, de modo que, incluso si las mujeres se enamoraban, no podían tener hijos. Eso era lo básico.

La familia tiene que desaparecer y dar paso a la comuna. Una comuna significa aunar todas nuestras energías, todo nuestro dinero, todo en un fondo común... para cuidar de todas las personas. Los niños pertenecerán a la comuna, de manera que no se planteará la cuestión de la herencia individual. Y si aunáis todas vuestras energías, todo vuestro dinero y todos vuestros recursos, toda comuna puede ser rica y toda comuna puede disfrutar de estar viva por igual.

Una vez que los individuos vayan creciendo y las comunas lo hagan simultáneamente, la sociedad desaparecerá, y con ella todos los males que ha creado.

Os daré un ejemplo.

Solo en China se dio un paso tremendamente revolucionario hace dos mil años: el paciente tenía que pagar al médico solo cuando el paciente estaba sano. Si caía enfermo, no tenía que pagar al médico. Eso parece muy extraño. Nosotros pagamos al médico cuando estamos enfermos, y él nos vuelve a poner sanos.

Pero esto es peligroso, porque haces que el médico dependa de tu enfermedad. La enfermedad se convierte en su interés: cuanta más gente se ponga enferma, más puede ganar. Su interés ya no es la salud, sino la enfermedad. ¡Si todo el mundo permanece sano, el médico será el único que estará enfermo!

Propusieron una idea revolucionaria, práctica: que toda persona tenga su médico, y mientras permanezca sana tiene que pagar al médico todos los meses. Es obligación del médico mantener sana a la persona; y, naturalmente, lo hará porque se le paga por ello. Si la persona se pone enferma, el médico pierde dinero. Cuando hay epidemias, el médico se arruina.

Ahora mismo, es justo lo contrario. He oído esta historia: el médico fue a ver a Mulla Nasruddin y le dijo:

—No has pagado, y he venido una y otra vez a recordarte que he curado a tu hijo de la viruela, y no me escuchas.

—Tú eres el que tiene que escuchar; de lo contrario te voy a demandar en los tribunales —contestó Mulla.

—Esto es extraño... He tratado a tu hijo.

—Sí, ya lo sé; pero ¿quién propagó la epidemia por toda la ciudad? ¡Mi hijo! De modo que todo el dinero que has ganado lo tienes que compartir conmigo.

Tenía razón. Su hijo había hecho un buen trabajo, y desde ese día el médico nunca volvió a pedirle el dinero. El argumento de Mulla era correcto. El médico había ganado mucho con la epidemia.

Pero este es un sistema muy erróneo. La comuna debería pagar al médico por mantener sana a la comuna, y si alguien se pone enfermo en la comuna, se le recorta el sueldo al médico. De este modo, la salud es la ocupación del médico, no la enfermedad. Y se puede ver la diferencia: en Occidente, la ocupación del médico se llama «medicina», que tiene que ver con la enfermedad.

En Oriente se llama *ayurveda*, que significa «la ciencia de la vida»... no de la enfermedad. La ocupación básica del médico debería ser que la gente viva mucho tiempo, que viva sana, intacta, y se le debería pagar por ello. De manera que cada comuna podría permitirse muy fácilmente mantener al médico, al fontanero, al ingeniero... todos los servicios que sean necesarios. Esa es la responsabilidad que tiene que asumir la comuna, y la gente que sirve a la comuna debería rotar para que no vuelva a surgir ningún centro de poder.

El comité directivo de la comuna debería constituirse por turnos; cada año debería entrar gente nueva y salir la que estaba, para que nadie se vuelva adicto al poder. El poder es la peor droga a la que la gente puede volverse adicta; se debería dar, pero en dosis muy pequeñas y no durante mucho tiempo. Dejad que crezca el individuo y dejad que crezca la comuna.

Pero, por ahora, olvidad todo lo relacionado con la sociedad; no luchéis con ella. No tengáis nada que hacer con la sociedad; dejad que la sociedad siga tal como es. Si quiere existir, tendrá que cambiar de forma, de estructura. Si quiere morir, dejad que muera. No hay nada de malo en ello. El mundo está superpoblado; solo soporta un cuarto de la población actual. De manera que las viejas cabezas podridas que no pueden concebir nada nuevo, que son absolutamente ciegas y no pueden ver que lo que están haciendo es dañino y ve-



Olvidad todo
lo relacionado
con la sociedad;
no luchéis con ella.
No tengáis nada
que hacer con
la sociedad; dejad
que la sociedad siga
tal como es.
Si quiere existir,
tendrá que cambiar
de forma, de
estructura. Si quiere
morir, dejad
que muera.

nenoso... si han decidido morir, entonces dejad que mueran en silencio. No les molestéis.

No os enseño a ser revolucionarios. Quiero que seáis muy silenciosos, casi transformadores encubiertos. Porque todas las revoluciones han fracasado... ahora el único camino posible es que deberíamos hacerlo tan silenciosa y pacíficamente que pueda suceder.

Hay cosas que solo suceden en silencio. Por ejemplo, si amas a los árboles, no deberías tirar de un arbolito todos los días para verle las raíces; entonces, lo matarás. Esas raíces tienen que permanecer ocultas. Van haciendo su trabajo en silencio.

Mi gente tiene que ser como las raíces: haciendo constantemente la tarea, cambiándote a ti mismo, cambiando a todo el mundo que esté interesado; difundiendo los métodos que pueden transformar; creando pequeñas agrupaciones, pequeños grupos, pequeñas comunas y, allí donde sea posible, comunas más grandes. Pero que todo esto suceda muy silenciosamente, sin crear ninguna conmoción.

El individuo solo puede existir si la sociedad muere; los dos no pueden existir. Es hora de que la sociedad muera, y encontraremos nuevas formas de estar juntos que no serán formales, que serán más del corazón. La familia lo impide. La familia traza un linde en torno a cada niño. Dice: «Soy tu padre, así que ámame. Soy tu madre, así que ámame. Esta es tu familia. Si es necesario, sacrificate por la familia». La misma idea se proyecta a mayor escala como la nación: «Esta es tu nación. Si te necesita, sacrificate». Familia, sociedad, nación... es la misma idea haciéndose cada vez más grande.

De manera que mi crítica básica es a la familia. La familia es la causa fundamental de todos nuestros problemas. Nuestra pobreza, nuestra enfermedad, nuestra locura, nuestro vacío, nuestra falta de amor... la familia es la causa. Y la familia es la causa de to-

dos nuestros condicionamientos. Empieza a condicionar tu mente desde el principio mismo: «Eres judío, eres cristiano, eres hindú, eres esto y eres lo otro»... y el pobre niño no sabe las tonterías que estás diciendo.

He oído una historia acerca de un rabino y un obispo...

Vivían uno enfrente del otro y, naturalmente, estaban continuamente compitiendo en todo. Se trataba del prestigio de su religión.

Una mañana, el rabino vio que el obispo tenía un coche nuevo. Le preguntó:

—¿Qué está haciendo?

El obispo estaba echando agua sobre el coche. Le dijo:

—Lo estoy bautizando. Tengo un coche nuevo; un Cadillac.

El rabino estaba acongojado. ¡Viendo con sus propios ojos, a la puerta misma de su casa, que estaban haciendo cristiano al coche! Al día siguiente,

cuando el obispo salió, se quedó sorprendido. Le preguntó al rabino:

—¿Qué está haciendo? —Había un hermoso Rolls Royce, y el rabino, que estaba cortando el tubo de escape, le contestó:

—Estoy circuncidando a mi Rolls-Royce. ¡Ahora es judío!

Esto es lo que les están haciendo a todos los niños. Y los niños son tan inocentes como el Cadillac y el Rolls-Royce; no saben lo que les están haciendo.

La familia es la base de todos los condicionamientos; te da



La familia es la causa fundamental de todos nuestros problemas. Nuestra pobreza, nuestra enfermedad, nuestra locura, nuestro vacío, nuestra falta de amor... la familia es la causa.

como herencia todo el pasado, y la carga, el fardo de todas esas cosas que han resultado erróneas durante cientos de años. Se te carga con todas esas cosas erróneas, y tu mente queda cerrada y atascada, y no puede aceptar nada nuevo que vaya en contra de eso. Tu mente está simplemente llena de cosas erróneas.

Si los niños están en manos de la comuna... He experimentado con ello y lo he encontrado inmensamente acertado. Los niños son mucho más felices porque son mucho más libres. No se les imprime ningún condicionamiento; maduran antes, y como nadie está tratando de hacerlos dependientes, se vuelven independientes. Nadie está pendiente de ayudarlos, así que tienen que aprender a valerse por sí mismos. Esto trae consigo madurez, claridad, una cierta fortaleza. Y todos meditan: la meditación no es un condicionamiento; es simplemente sentarse en silencio, sin hacer nada, disfrutando el silencio; el silencio de la noche, el silencio de la madrugada... y lenta, lentamente, te familiarizas con el silencio que impregna tu ser interno. Entonces, en cuanto cierras los ojos caes en el remanso de un lago silencioso, que es insondable. Y debido a ese silencio, rejuveneces a cada momento.

De ese silencio surge tu amor, surge tu belleza, surge una profundidad especial en tus ojos; un aura especial en tu ser, una fortaleza en tu individualidad, y un autorrespeto.

La libertad individual y la autoridad por un lado, y el autoritarismo y la dictadura por el otro, impulsan la vida del hombre y sus aspiraciones. Por favor, haz algún comentario sobre esto.

Es el mismo problema, la misma pregunta, formulada de manera diferente. La sociedad es autoritaria; la Iglesia es autoritaria; el

sistema educacional es autoritario. Ellos dicen: «Todo lo que decimos es correcto y no necesitas cuestionarlo. Simplemente tienes que seguirlo».

Y hay problemas, por ejemplo en el sistema educativo... He sido estudiante, he sido profesor, y sé que durante la mejor parte de la vida una persona es destruida por las personas autoritarias de las escuelas, de los colegios, de las universidades.

Me han expulsado de muchos colegios por la sencilla razón de que no podía aceptar ningún autoritarismo. Les decía: «Si lo demuestras, estoy dispuesto a aceptarlo. Pero sin demostrarlo, sin dar argumentos apropiados a favor de ello, sin hacer de ello una afirmación racional, no lo aceptaré». Y me enfrentaba en todas las asignaturas, porque en todas las asignaturas los profesores simplemente daban una charla. Los estudiantes tomaban notas, porque lo único que había que hacer era repetir en los exámenes lo que los profesores les decían. Y cuanto mejor repetías, igual que un loro, mejores notas sacabas.

Pero esos profesores se veían en dificultades incluso para demostrar pequeñeces, y esto se volvió bochornoso para ellos. Sucedió todos los días. En cuanto decían algo, yo me levantaba inmediatamente... y mis preguntas eran relevantes: «¿En qué se basa para...?».

Por ejemplo, uno de los profesores que enseñaba religión afirmó que los *Vedas* —las sagradas escrituras hindúes— fueron escritos por Dios. Me tuve que levantar. Dije: «Yo discrepo. En primer lugar, usted no ha podido demostrar la existencia de Dios. En segundo lugar, ahora está diciendo que esos libros, que están llenos de tonterías, los escribió Dios. ¿Ha examinado alguna vez los *Vedas*? ¿Los ha leído alguna vez de la primera a la última página? —Hay cuatro *Vedas*, son tomos muy grandes—. He traído

los cuatro, y voy a abrirlos al azar y leer, y que toda la clase decida si esta es una afirmación que podría haber sido escrita por Dios».

Los *Vedas* están llenos de oraciones. Ahora bien, *Dios* no puede rezar; ¿a quién va a rezarle? Y hay oraciones para cosas tan estúpidas que es sencillamente ridículo decir que fueron escritas por Dios. Un brahmán está rezando: «He hecho continuamente los rituales, he vivido conforme a las escrituras, y sin embargo, no me has dado un hijo. Dame un hijo; eso será una prueba de que mis oraciones han sido escuchadas».

Pregunté al profesor: «¿Cómo podría Dios haber escrito este pasaje? Está escrito por alguien y dirigido a Dios, pero no puede haber sido escrito por Dios mismo. Y si esta es la situación de Dios, entonces no deberíamos molestar a ese pobre tipo. Dios está pidiéndole un hijo a alguien diferente, de modo que ¿por qué no deberíamos nosotros pedirle también a esa misma fuente? ¿Por qué íbamos a molestar a este pobre tipo?».

Al final, la única respuesta era que todos los colegios me expulsaban. El director decía: «Lo sentimos. Sabemos que tienes razón, pero tenemos que garantizar que el colegio siga en marcha. Tú desbaratarías toda la institución. Los profesores amenazan con dimitir, los estudiantes dicen que no les dejas enseñar a los profesores, porque todos los días se pierde la clase entera hablando de un único tema. Han pasado ocho meses y el curso no podrá acabarse en los dos meses que quedan si esto continúa así.

»Han venido aquí a pasar los exámenes; no les interesa la verdad, no les interesa la validez de ninguna afirmación. La única razón por la que están aquí es para conseguir un diploma. Y tú eres un tipo extraño: no parece que te interesen los diplomas».

Yo decía: «No me interesan los diplomas en absoluto. ¿Qué voy a hacer con diplomas otorgados por personas que no saben nada? No puedo considerar a estas personas mis examinadores. El día que me den el diploma, inmediatamente lo haré pedazos enfrente de ustedes; porque estas personas no pueden responder las preguntas más simples».

Pero el sistema entero está montado de esa manera. Cuando yo mismo me hice profesor, tuve que hacer un nuevo trato. El trato era que en cada clase de cuarenta minutos, durante veinte minutos enseñaría el programa de estudios tal como aparecía en los libros, y durante veinte minutos haría la crítica del mismo. Mis estudiantes dijeron:

—«¡Nos volveremos locos!»

—Ese es *vuestro* problema; pero yo no puedo dejar que estas afirmaciones permanezcan sin crítica. Podéis elegir; cuando llegue el examen, podéis elegir qué escribir. Si queréis suspender, elegid mi parte. Si queréis aprobar, elegid la primera parte. Lo estoy dejando claro; no engaño a nadie... pero no puedo seguir engañándoos, enseñándoos algo que considero absolutamente erróneo —les repliqué.

Al final, tuvo que llamarme el rector, y me dijo:

—La suya es una extraña manera de enseñar. He estado recibiendo informes todos los días de que la mitad del tiempo enseñas el programa de estudios, y la otra mitad ofreces argumentos, que echan por tierra todo lo que les has enseñado. De manera que salen de la clase tan vacíos como habían entrado... a decir verdad, ¡más hechos un lío!

—No estoy preocupado por nadie. ¿Qué han hecho conmigo durante todos esos años que he sido estudiante? Me han expulsado de un colegio tras otro. Y puedes venir algún día a oír si no le

hago justicia al curso reglamentario. Cuando enseño el curso reglamentario, lo hago tan totalmente como es posible, para dejarlo claro —repuse.

Un día vino a escuchar, y después de veinte minutos dijo:

—Es realmente estupendo. Yo también fui estudiante de filosofía, pero nadie me lo explicó nunca de esta manera.

—Esta es solo la mitad de la clase. Espera, porque ahora lo voy a echar por tierra completamente, paso a paso —repuse. Y cuando lo eché por tierra completamente afirmé:

—¡Dios mío! Ahora entiendo lo que me dicen los pobres estudiantes. No deberías ser profesor en esta estructura educativa. Entiendo que lo que haces es absolutamente honesto, pero este sistema no produce personas inteligentes; este sistema solo produce personas con buena memoria; eso es lo que se necesita. Necesitamos funcionarios, necesitamos burócratas... y esos trabajos no precisan inteligencia, precisan buena memoria.

—En otras palabras, necesitáis ordenadores, no seres humanos. Si este es vuestro sistema educativo, entonces tarde o temprano sustituiréis a los seres por ordenadores —le dije.

Eso es lo que están haciendo. En todas partes, están cubriendo posiciones importantes con ordenadores, porque los ordenadores son más fiables. Son únicamente memoria, no inteligencia.

Un ser humano tiene cierta inteligencia, por más que esté reprimida.

El hombre que echó bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki... si hubiera sido un ordenador, no habría habido ninguna duda: en el momento exacto, a la distancia exacta, habría lanzado la bomba y habría vuelto. Habría sido simplemente algo mecánico. Pero el hombre que estaba echando las bombas, no importa cuánto hubiesen destruido su inteligencia, tendría que pensarse

dos veces lo que estaba haciendo. Matar a cien mil personas que eran absolutamente inocentes, que eran civiles, que no eran militares, que no le habían hecho daño a nadie... ¿es correcto?

Ahora, en todas partes, todas las armas nucleares están en manos de ordenadores, no en manos humanas. Serán los ordenadores los que luchen la Tercera Guerra Mundial. Los humanos morirán... ese es otro asunto. A los ordenadores no les importa que la humanidad sobreviva o desaparezca; no les importa. Pero harán un trabajo exacto y eficiente, que un hombre no puede hacer. Un hombre puede que dude en destruir a toda la humanidad. Algo de inteligencia, tan solo un poco de inteligencia es suficiente para hacerse la pregunta: «¿Qué estoy haciendo?».

Todas nuestras instituciones, nuestras religiones, son autoritarias. No te dicen por qué: «Simplemente hazlo porque está escrito en el libro, porque lo dice Jesús». Jesús no ha dado ni un solo argumento para explicar por qué deberíamos hacerlo; no ha dado ninguna base racional para ninguna

de sus doctrinas. Tampoco Moisés lo ha hecho, ni Krisna.

Krisna simplemente le dice a Arjuna: «Esto viene de Dios: Tienes que combatir». Esto es autoritarismo. Y Dios es usado, manipulado en todas las situaciones para hacer que lo que estás diciendo sea absolutamente incuestionable.



Serán los
ordenadores los
que luchen
la Tercera Guerra
Mundial. Los
humanos morirán...
ese es otro asunto.
A los ordenadores
no les importa que
la humanidad
sobreviva o
desaparezca; no les
importa. Pero harán
un trabajo exacto
y eficiente, que
un hombre no
puede hacer.

Tenemos que destruir todo autoritarismo en el mundo.

La autoridad es totalmente diferente. El autoritarismo está conectado con la sociedad, con la Iglesia; la autoridad es algo que tiene que ver con la realización individual.

Si os digo algo, os lo digo con autoridad. Esto significa sencillamente que lo digo porque es mi propia *experiencia*; pero eso no significa que tengas que creerlo. Es suficiente que lo hayas oído; ahora puedes pensar en ello, puedes decidir a favor o en contra.

Para mí, lo que es importante no es que decidas *a favor*; lo que es importante es que decidas *por ti mismo*. Puede que decidas en contra, no importa; pero la decisión debería surgir de tu propio ser. Si no surge de tu propio ser, entonces *tú* me estás haciendo autoritario.

Hablo desde mi autoridad. Por favor, no me conviertas en autoritario, porque simplemente estoy exponiendo los hechos con toda la fuerza y el fuego de que soy capaz; para que lo veas absolutamente claro, y entonces seas libre para decidir. Yo no estoy decidiendo por ti, y no te estoy pidiendo que tengas fe en mí o que creas en mí.

Simplemente te pido: «Dame una pequeña oportunidad. Piensa en lo que te estoy diciendo», y estaré agradecido de que pienses en ello. Eso es suficiente. Pensar agudizará tu inteligencia... y yo confío en la inteligencia. Si piensas y tu inteligencia se agudiza, sé que, decidas lo que decidas, será lo correcto.

Incluso si lo haces erróneamente una vez, no importa. Hay que caer muchas veces y volver a levantarse. Así es la vida. Hay que cometer errores y aprender de ellos, convertir cada impedimento en un punto de apoyo.

Pero conmigo no es cuestión de creencia o de fe. Con la libertad individual, el autoritarismo muere y surge algo nuevo: la autoridad.

Cada individuo es capaz de tener experiencias propias; entonces tiene autoridad, entonces puede decir: «Lo he visto. Lo he probado. Lo he disfrutado. Lo he bailado. Y no es cuestión de que esté citando alguna escritura, simplemente te estoy abriendo el corazón».

La autoridad pertenece a la experiencia.

El autoritarismo pertenece a alguna otra persona, no a ti; por eso crea esclavitud, no libertad. Y para mí la libertad es el valor supremo, porque solo en la libertad puedes florecer, y puedes florecer a tu posibilidad más total.

¿Es la sociedad un hecho real determinado por la existencia del hombre, o es un concepto falso, un condicionamiento que existe solo porque el hombre está dormido?

La sociedad no es una realidad existencial. La crea el hombre porque el hombre está dormido, porque el hombre es un caos, porque el hombre no es capaz de tener libertad sin convertirla en desenfreno. El hombre no es capaz de tener libertad y no abusar de ella. De manera que es una creación artificial —pero necesaria— del hombre.

Debido a que la sociedad es artificial, puede disolverse. El que una vez fuera necesaria no significa que tenga que ser necesaria para siempre. El hombre solo tiene que cambiar las condiciones que la hicieron necesaria. Y es bueno que no sea existencial, de lo contrario no habría forma de librarse de ella.

La hemos creado nosotros mismos. Podemos deshacerla cuando queramos.

¿Cómo evolucionar y superar la colectividad, las naciones, sin caer en la barbarie de los egos individuales luchando entre ellos?

Todas vuestras preguntas se centran en una sola cosa. Me gustaría daros una única respuesta.

Recuerdo una parábola...

Un gran maestro estaba sentado en la costa, en la playa, y un hombre que buscaba la verdad se le acercó, le tocó los pies y le dijo:

—Si no le molesto, quisiera hacer cualquier cosa que me sugiera para ayudarme a encontrar la verdad.

El maestro simplemente cerró los ojos y permaneció en silencio.

El hombre hizo un gesto de desaprobación. Pensó para sí: «Parece que este hombre está loco. Le he hecho una pregunta y cierra los ojos». Le sacudió ligeramente y le dijo:

—¿Qué pasa con mi pregunta?

—Ya la he respondido —afirmó el maestro—. Simplemente siéntese en silencio... no haga nada, y la hierba crece por sí sola. No necesita preocuparse por ello; todo sucederá. Simplemente siéntese en silencio, disfrute el silencio.

—¿Puede darle un nombre a eso? Porque la gente me preguntará: «¿Qué estás haciendo?» —volvió a preguntar.

Así que el maestro escribió en la arena con el dedo: meditación.

—Esta respuesta es demasiado corta. Elabórela un poco más.

El maestro escribió con letras muy grandes: MEDITACIÓN.

—Pero esto son simplemente letras grandes. Ha escrito lo mismo.

—Si digo más que eso, entonces será erróneo. Si logra com-

prenderlo, entonces simplemente haga lo que le he dicho, y lo sabrá —dijo el maestro.

Y esa es también mi respuesta.

Cada individuo tiene que volverse un meditador, un observador silencioso, para así poder descubrirse a sí mismo. Y este descubrimiento cambiará todo lo que le rodea. Y si podemos cambiar a muchas personas con la meditación, podemos crear un nuevo mundo.

Muchísimas personas a través de los siglos han estado abrigando la esperanza de un mundo nuevo, pero no tenían ni idea de cómo crearlo. Yo os estoy dando la ciencia exacta para crearlo. El nombre de esa ciencia es meditación.

EL PROBLEMA DE DIOS

Hay un dicho profético de Nietzsche: «Dios ha muerto y el hombre es libre». Tuvo un entendimiento tremendo del asunto. Muy pocas personas han sido capaces de comprender la profundidad de su afirmación. Es un hito en la historia de la consciencia.

Si existe un Dios, el hombre nunca puede ser libre; es una imposibilidad. Dios y la libertad del hombre no pueden coexistir, porque el significado mismo de Dios es que es el creador; entonces



Cada individuo tiene que volverse un meditador, un observador silencioso, para así poder descubrirse a sí mismo. Y este descubrimiento cambiará todo lo que le rodea. Y si podemos cambiar a muchas personas con la meditación, podemos crear un nuevo mundo.

quedamos reducidos a títeres. Y si pudo crearnos, puede destruirnos en cualquier momento. Cuando nos creó, nunca nos lo preguntó; no tiene la obligación de preguntárnoslo cuando quiera destruirnos. Es puramente su capricho crear o destruir. ¿Cómo vamos a ser libres? Ni siquiera eres libre para ser. Ni siquiera tu nacimiento es tu libertad, ni tampoco tu muerte es tu libertad; ¿y entre estas dos esclavitudes piensas que tu vida puede ser libertad?

Dios tiene que morir si se quiere preservar la libertad del hombre.

La elección es clara; no es posible ningún arreglo. Con Dios, el hombre seguirá siendo un esclavo, y la libertad seguirá siendo tan solo una palabra vacía. Solo sin Dios empieza a tener significado la libertad.

Pero la afirmación de Friedrich Nietzsche es solo la mitad; nadie ha tratado de completarla. Parece completa, pero las apariencias no son siempre ciertas. Friedrich Nietzsche no era consciente de que hay religiones en el mundo que no tienen Dios; no obstante, ni siquiera en esas religiones es libre el hombre. No tenía consciencia del budismo, el jainismo, el taoísmo; las religiones más profundas de todas. Para estas tres religiones no hay Dios.

Lao Tse, Mahavira y Gautama el Buda negaron a Dios por la misma razón: porque se dieron cuenta de que con Dios el hombre es solo un títere. Con él, todos los esfuerzos encaminados a la iluminación carecen de sentido; no eres libre, ¿cómo vas a poder iluminarte? Y hay alguien omnipotente, todopoderoso: él puede arrebatarte tu iluminación. ¡Puede destruir cualquier cosa!


Pero Nietzsche no sabía que había religiones ateas. Durante miles de años, ha habido gente que ha comprendido que la exis-

tencia de Dios es la mayor barrera para la libertad del hombre; suprimieron a Dios. Pero a pesar de eso, el hombre no es libre.

Lo que estoy intentando hacerte comprender es que con solo hacer que Dios muera no puedes hacer que el hombre sea libre. Tendrás que hacer que muera una cosa más: la religión.

Por eso dije que también la religión debe morir; tiene que seguir a Dios. Y tenemos que crear una religiosidad que no tenga ni dios ni religión, que no tenga a nadie «encima» más poderoso que tú, ni ninguna religión organizada que cree diferentes tipos de jaulas: cristiana, musulmana, hindú, budista. Jaulas bonitas...

Muertos Dios y la religión, una cosa más muere automáticamente: el sacerdocio, el líder, los diferentes tipos de jefe religioso. Ya no tiene ninguna función. No hay religión organizada en la que pueda haber un Papa, un *shankaracharya* o un ayatolá. No hay ningún Dios al que pueda representar; su función ha concluido.



Con solo hacer que Dios muera no puedes hacer que el hombre sea libre. Tendrás que hacer que muera una cosa más: la religión.

Buda, Mahavira, Lao Tse, descartaron a Dios de la misma forma que Friedrich Nietzsche... sin saber, sin ser conscientes de que, si la religión permanecía, incluso sin Dios, el sacerdote se las arreglaría para mantener al hombre en la esclavitud. Y *ha* mantenido al hombre en la esclavitud.

De modo que para completar la percepción de Nietzsche, la religión tiene que morir. Una religión organizada no tiene sentido si no hay Dios. ¿Para quién existe la religión organizada? Las iglesias, los templos, las mezquitas, las sinagogas, tienen que desaparecer. Y con eso, los rabinos y los obispos y todos los tipos

de líderes religiosos simplemente quedan cesantes, se vuelven inútiles. Pero sucede una revolución tremenda: el hombre se vuelve absolutamente libre.

Antes de que pueda hablar de las implicaciones de esta libertad, tienes que comprender esto: si la percepción de Friedrich Nietzsche es completa, ¿qué tipo de libertad estará disponible para los seres humanos? Dios ha muerto, el hombre es libre... ¿libre para qué? Su libertad será simplemente como la de cualquier otro animal.

No es correcto llamarla libertad; es licencia. No es libertad, porque no conlleva ninguna responsabilidad, ninguna consciencia. No ayudará al hombre a elevarse, a volverse algo más elevado que lo que es en su esclavitud. A menos que la libertad te eleve por encima de lo que eras en tu esclavitud, no tiene sentido. Es posible que tu libertad pueda llevarte más abajo que tu esclavitud, porque la esclavitud tenía una cierta disciplina, tenía una cierta moralidad, tenía ciertos principios. Tenía una cierta religión organizada que se ocupaba de ti, que mantenía tu miedo al castigo y al infierno, que te mantenía ávido de recompensas y del cielo, y te mantenía un poco por encima del animal salvaje, que tiene libertad, pero esa libertad no ha hecho de él un ser más elevado.

Nietzsche no tenía ni idea de que solo dar libertad no es suficiente... no solo no es suficiente, es peligroso. Puede reducir al hombre a la animalidad. En nombre de la libertad, puede perder su camino hacia estados de consciencia más elevados.

Cuando digo que Dios ha muerto, la religión en tanto cuerpo organizado ha muerto... entonces el hombre es libre para ser él mismo. Por primera vez, es libre para explorar su ser interno sin obstáculos. Es libre para zambullirse en las profundidades de su

ser y elevarse a las alturas de su consciencia. No hay nadie que le ponga trabas; su libertad es total. Pero esta libertad solo es posible si —al desaparecer Dios, al desaparecer la religión, al desaparecer el sacerdocio, el liderazgo religioso— podemos salvar algo que llamo la cualidad de la religiosidad, de modo que solo esté viva la religiosidad. Y la religiosidad está en perfecta armonía con la libertad humana; realza el crecimiento humano.

Con «religiosidad» quiero decir que el hombre, tal como es, no es suficiente. Puede ser más, puede ser enormemente más. Lo que es, es solo una semilla. No sabe qué potencial lleva dentro de sí.

Religiosidad significa simplemente un reto a crecer, un reto a que la semilla alcance su cima suprema de expresión, estalle en miles de flores y libere la fragancia que llevaba escondida en ella. A esa fragancia la llamo religiosidad. No tiene nada que ver con vuestras supuestas religiones, no tiene nada que ver con Dios, no tiene nada que ver el sacerdocio: tiene que ver contigo y tus posibilidades de crecimiento.



El hombre, tal como es, no es suficiente. Puede ser más, puede ser enormemente más. Lo que es, es solo una semilla. No sabe qué potencial lleva dentro de sí.

LA IDEA DEL DESTINO Y EL SINO

No hay destino, ni sino. Simplemente estás tratando de librarte de tu responsabilidad poniéndola en algo que no existe. Y como no existe, no puede resistirse; no se puede decir: «¡Por favor, no me echas encima tu responsabilidad!».

Dios no dice nada, puedes echarle encima cualquier cosa; no se resiste, porque lo que no existe no puede resistirse. Con el destino vuelve a pasar lo mismo. Fracasas en el amor, fracasas en otros asuntos. Te duele haber fracasado. Necesitas algún tipo de unguento para tu corazón herido. «El destino» es un bello unguento, asequible sin restricción. No tienes que pagar por él. Puedes decir: «¿Qué puedo hacer yo? Todo lo decide el destino». El éxito o el fracaso, la riqueza o la pobreza, la salud o la enfermedad...



Fracasas en el amor,
fracasas en otros
asuntos. Te duele
haber fracasado.
Necesitas algún tipo
de unguento para tu
corazón herido.
«El destino» es un
bello unguento,
asequible sin
restricción.

todo está en manos de un poder desconocido llamado destino. «Hago todo lo que puedo; aun así, sigo fracasando. Estoy siguiendo todos los principios morales que me inculcaron; no obstante, soy pobre. Y veo que todo tipo de personas inmorales son cada vez más ricas, cada vez más encumbradas, se hacen famosas. Es todo obra del destino». Te da consuelo. Te consuela de no estar alcanzando tus objetivos.

También te da consuelo que, si otros los han alcanzado, no tiene ningún mérito; simplemente lo decide el destino. De modo que, por un lado, te libra de sentirte inferior; por el otro, tu envidia disfruta la idea de que la persona triunfadora solo es triunfadora porque el destino lo ha dispuesto de esa manera: «No tiene nada que ver con él, no es superior a mí».

Dios, el destino, el sino... todos ellos caen en la misma categoría: librarte de tu responsabilidad poniéndola en algo que no existe.

Si Dios existiera, no permanecería en silencio. Estoy diciendo continuamente que no existe. Si existiera, ya es hora... debería haber aparecido y anunciado: «¡Estoy aquí! ¿Por qué sigues diciendo que no existo?». Pero nunca vendrá.

Siempre ha habido gente que ha negado la existencia de Dios, pero él nunca ha hecho ningún esfuerzo por demostrar que existe. Cosas sencillas... Edmund Burke, uno de los filósofos famosos de Occidente, se levantó en una iglesia y le dijo al sacerdote: «Este es mi reloj. Si Dios existe, no quiero una gran prueba, tan solo una prueba sencilla, que mi reloj se pare. Usted rece, su congregación puede rezar, haga lo que tenga que hacer. Convenza a su Dios de que pare mi reloj, y eso será suficiente para convertirme».

Rezaron... estaba en juego el prestigio de toda la cristiandad, un solo hombre desafiando a Dios. Y no había pedido un gran milagro, solamente uno pequeño: «Haz que mi reloj se pare». Y Dios no pudo hacerlo.

Edmund Burke había probado que no hay Dios. ¡Menudo argumento! ... pero sencillo, claro, pertinente.

En el mundo entero, cualquier cosa de la que queréis libraros se la seguís echando encima a Dios, al destino, al sino. Son simplemente nombres diferentes de cosas inexistentes. Por supuesto, no puedes echarle tu basura a alguien que existe realmente. La paciencia tiene un límite. Prueba simplemente a echar tu basura en la propiedad de tu vecino. Un día puede que no diga nada; quizá dos días puede aguantar... pero ¿cuánto esperará? Tarde o temprano, te cogerá del cuello y te gritará: «¡Estoy aquí! No pue-



Dios, el destino,
el sino... todos ellos
caen en la misma
categoría: librate de
tu responsabilidad
poniéndola en algo
que no existe.

des seguir echando tu basura en mi patio». Pero si no hay nadie en casa, puedes seguir echando la basura en el patio todo el tiempo que quieras. Nadie se resistirá, nadie saldrá a decirte: «¿Qué pasa aquí? ¿Es que no tiene ningún sentido de la decencia?».

Dios, el destino, el sino... son palabras falsas, embelesos, nada más que eso. Deséchalos completamente, porque desecharlos te convertirá en un individuo, totalmente responsable de tus actos. Y a menos que asumas la responsabilidad de ti mismo, nunca serás fuerte, nunca serás independiente, nunca saborearás la libertad.

Puedes tener libertad. Pero el precio es aceptar la responsabilidad en su totalidad.



Puedes tener
libertad. Pero
el precio es aceptar
la responsabilidad
en su totalidad.

He sentido una libertad tan inmensa que me siento triste cuando te miro. Tienes la misma oportunidad, el mismo potencial de florecer como individuo libre, pero sigues siendo un esclavo. Y la manera en que lo haces es no siendo nunca responsable.

¿Crees que no ser responsable te hace libre? No sentirte responsable de tus actos, de tus pensamientos, de tu ser, ¿crees que te libera de todas las consecuencias? No, absolutamente no. Te convierte en un esclavo, te convierte en algo infrahumano. Te despoja de toda gloria. No puedes estar erguido, te vuelves un jorobado. Tu inteligencia no puede crecer porque no has aceptado el desafío. Estás esperando al destino, al sino, a Dios. Estás pensando: «Cuando llegue el momento —el momento adecuado, si Dios quiere— yo también seré dichoso».

No hay ningún Dios que pueda decidir tu dicha. Estás solo en la existencia. Llegas solo, mueres solo. Entre el nacimiento y la

muerte, por supuesto puedes engañarte a ti mismo pensando que alguien está contigo —tu mujer, tu padre, tu madre, tu marido, tu amigo— pero esto es solo una falacia. Llegas solo, te vas solo; estás solo entre el nacimiento y la muerte.

Y no estoy diciendo que no puedas amar a un hombre o a una mujer. De hecho, cuando dos personas independientes, libres, que asumen la responsabilidad sobre sus propios hombros, se unen, hay en ello una inmensa belleza. Ninguno de ellos es una carga para el otro. Ninguno de ellos está echándole nada al otro. Habéis desechado la idea misma de echar nada. Podéis estar juntos, pero vuestra soledad permanece intacta, pura, límpida, virgen. Nunca transgredís los territorios del otro. Podéis disfrutar el uno del otro porque estáis separados.

Cuanto más separados estáis —cuanto más claramente entendéis que tú estás solo, ella está sola— mayor es la posibilidad de un gran encuentro de dos soledades, dos purezas, dos individuos.

Olvídate de palabras como destino, sino, *kismet*, Dios. Y no te dejes embaucar por astrólogos, adivinadores del pensamiento, quirománticos, pronosticadores de tu futuro. ¡No hay futuro si tú no lo creas! Y lo que va a existir mañana va a ser tu creación. Y hay que hacerlo hoy, ahora... porque de hoy, del útero del hoy, nacerá el mañana.



Cuando dos personas
independientes,
libres, que asumen
la responsabilidad
sobre sus propios
hombros, se unen,
hay en ello una
inmensa belleza.
Ninguno de ellos
es una carga para
el otro. Ninguno
de ellos está
echándole nada
al otro.
Habéis desechado
la idea misma de
echar nada.

Asumid totalmente la responsabilidad de vosotros mismos: ese es el mensaje que os doy. Por eso estoy tratando continuamente de destruir el Dios que hay en vuestras mentes. No tengo nada contra él. ¿Cómo iba a tener algo contra él? No existe! ¿Pensáis que estoy perdiendo el tiempo luchando con algo que no existe? No, estoy luchando con vuestros condicionamientos: ellos sí existen. Dios no existe, pero existe dentro de vosotros una idea de Dios, y estoy luchando con esa idea, diciéndoos que la desechéis, que os limpiéis, y os responsabilicéis completamente de vuestra vida.

Esta es mi experiencia: el día que me responsabilicé totalmente de mí mismo, descubrí que se me abrían las puertas de la libertad. Ambas cosas van juntas.

Todo el mundo quiere libertad. Nadie quiere responsabilidad. Nunca tendrás libertad, seguirás siendo un esclavo. Recuerda, seguir siendo un esclavo también es tu responsabilidad. Lo has elegido, no se te ha impuesto a la fuerza.

Esto me recuerda a Diógenes, un bello filósofo griego, místico... y un místico de categoría excepcional. Fue contemporáneo de Aristóteles, y estaba tan en contra de Aristóteles como lo estoy yo, así es que tengo una cierta amistad con Diógenes.

Aristóteles definió al hombre como animal sin plumas que camina con dos piernas. ¿Qué hizo Diógenes? Capturó un animal... y hay muchos animales que caminan con dos «piernas», pero también tienen plumas, pueden volar. Diógenes cogió un pavo real, le quitó todas las plumas... y le envió el pavo real a Aristóteles con el mensaje: «Por favor acepta este ser humano como regalo».

Este hombre, Diógenes, solía vivir desnudo, porque decía: «El hombre nace desnudo, y se debilita porque se protege con ropa». Y en ninguna parte del mundo hay algún animal con ropa... excepto algunos perros en Inglaterra. Inglaterra es un país miste-

rioso. Los perros tienen ropa porque un perro desnudo no es cristiano. Te sorprenderá saber que, en la época victoriana, en Inglaterra incluso las patas de las sillas se cubrían con ropa, porque eran «piernas» y no era de caballeros mirar piernas desnudas.

Diógenes vivía desnudo. Era un hombre fuerte. Cuatro personas que se dedicaban a raptar a gente y venderla como esclavos en el mercado pensaron: «Esta es una buena presa, este hombre puede hacernos ganar mucho dinero. Hemos vendido muchos esclavos, pero ninguno de ellos era tan fuerte, tan hermoso, tan joven. Podemos conseguir un precio tan alto como queramos; y habrá una gran puja en el mercado cuando pongamos a este hombre en la plataforma de venta. Pero —pensaron—, cuatro no somos suficientes para capturarlo. Él solo podría matarnos a todos».

Diógenes oyó lo que estaban diciendo de él. Estaba sentado a orillas del río, disfrutando la brisa fresca del atardecer, bajo un árbol; y detrás del árbol esos cuatro hombres estaban planeando qué hacer. Él les interpeló.

—No os preocupéis. ¡Venid aquí! No necesitáis preocuparos de que os vaya a matar, yo nunca mato nada. Y no necesitáis preocuparos de que vaya a luchar, a resistirme; no. Nunca lucho con nadie, no me resisto a nada. ¿Queréis venderme como esclavo?

—Eso es lo que estábamos pensando. Somos pobres... si estás dispuesto... —dijeron esos cuatro hombres avergonzados, asustados.

—Por supuesto que lo estoy —afirmó Diógenes—. Si puedo ayudaros de alguna manera a superar vuestra pobreza, es hermoso.

De modo que sacaron las cadenas, pero él dijo:

—Tíradlas al río; no necesitáis encadenarme. Caminaré delante de vosotros. No creo en escapar de nada. De hecho, me está ilusionando la idea de ser vendido, de estar sobre una plataforma

alta y que haya cientos de personas tratando de conseguirme. Me ilusiona esta subasta... ¡vamos ya!

Los cuatro se asustaron un poco más: este hombre no solo es fuerte, hermoso, parece que también está loco; podría ser peligroso. Pero ya no podían escaparse. Él les dijo: «Si intentáis huir, estaréis arriesgando vuestra propia vida. Seguidme, los cuatro. Ponedme en la plataforma del mercado».

A disgusto le siguieron. ¡Habían querido llevárselo, pero él iba delante de ellos! ¿Os dais cuenta? Incluso en semejante situación, estaba asumiendo la responsabilidad de sí mismo. Era libre incluso en semejante situación, en la que estas personas estaban maquinando e intentando venderle en el mercado, que es lo más feo que le puede suceder a un hombre: ser vendido como una mercancía, sacado a subasta como una mercancía.

Pero él les dijo a esas personas: «No tengáis miedo, y no tratéis de escapar. Me habéis dado una gran idea; os estoy agradecido. Esto es responsabilidad mía, voy al mercado. Ponedme en subasta pública».

No lo podían creer... ¿qué tipo de hombre era este? Pero ya no había manera de echarse atrás, así que le siguieron. Y cuando le pusieron sobre un alto pedestal para que pudiera verle todo el mundo, se produjo casi el silencio, se podía oír el vuelo de una mosca. La gente nunca había visto un cuerpo tan proporcionado, tan hermoso, fuerte como si estuviera hecho de acero.

Antes de que el subastador dijera nada, Diógenes proclamó:

—¡Escuchad! Aquí hay un maestro que se vende a cualquier esclavo, porque estos cuatro pobres necesitan dinero. Así que empezad la subasta; pero recordad, estáis comprando a un maestro.

Lo compró un rey. Por supuesto, él podía hacerlo: ofreció más y más dinero en la subasta. Había mucha gente interesada, pero

al final se les dio a los cuatro hombres una suma mayor que cualquiera que alguien había oído nunca antes. Diógenes les dijo:

—¿Sois felices ahora? Ya podéis iros, y yo me iré con este esclavo.

—¿Estás loco o qué? ¿Piensas que eres un maestro? ¿Yo soy rey y me consideras un esclavo? —dijo el rey a Diógenes mientras iban en el carruaje de camino al palacio.

—Sí, y no estoy loco, tú estás loco —repuso Diógenes—. Te lo puedo demostrar ahora mismo. —En la parte trasera del carruaje estaba la reina. Diógenes continuó—: Tu esposa está ya interesada en mí, ha terminado contigo. Es peligroso adquirir un maestro.

El rey quedó consternado. Desde luego, no era nada comparado con Diógenes. Desenvainó la espada y le preguntó a la reina:

—¿Es verdad lo que dice? Si dices la verdad, te perdonaré la vida; esa es mi promesa. Pero si dices una falsedad, y lo descubro más adelante, te decapitaré.

—Es verdad —aunque temerosa, asustada, contestó la reina—. Ante él, tú no eres nada. Estoy embelesada, fascinada; este hombre tiene magia. Eres solo un pobre hombre comparado con él. Ésta es la verdad.

Naturalmente, el rey detuvo el carruaje y le dijo a Diógenes:

—Sal de la carroza. Te dejo en libertad; no quiero tomar semejantes riesgos en mi palacio.

—Gracias —dijo Diógenes—. Soy un hombre que no puede ser hecho esclavo, por la sencilla razón de que asumo toda la responsabilidad de mí mismo. No he dejado a aquellos cuatro hombres sintiéndose culpables: ellos no me trajeron, vine por voluntad propia. Seguro que se sienten agradecidos. Y este es tu carruaje, si quieres que salga de él, eso está perfectamente bien. No estoy acostumbrado en absoluto a carruajes, mis piernas son

lo suficientemente fuertes. Soy un hombre desnudo, una carroza dorada no va bien conmigo.

¡Asume la responsabilidad! Y entonces, incluso en la pobreza y el sufrimiento más extremos, encerrado en una cárcel, seguirás siendo completamente dueño de ti mismo. Tendrás la libertad que llega con la responsabilidad.

Todas las religiones te han estado haciendo dependiente de Dios, del destino, del sino. Esos son simplemente nombres diferentes de algo no existencial. Lo que es

verdadero es tu esclavitud o tu libertad.

Elige. Si eliges la libertad, entonces tendrás que deshacer todas las estrategias de los demás que te esclavizan. Eso es lo que estoy intentando hacer aquí: intentando cortar todas tus cadenas, liberarte de todo para que puedas ser tú mismo.

Y en el momento que eres tú mismo, empiezas a crecer, reverdeces. Empiezan a abrirse flores, y hay una gran fragancia en torno a ti.



¡Asume la
responsabilidad!
Y entonces, incluso
en la pobreza
y el sufrimiento
más extremos,
encerrado en
una cárcel,
seguirás siendo
completamente
dueño de ti mismo.

MIEDO DE VOLAR

Rabindranath Tagore dice en su *Gitanjali*:

Obstinadas son las restricciones, pero me duele el corazón cuando intento vencerlas. La libertad es lo único que quiero, pero me

avergüenzo de tener esperanza de ella. Estoy seguro de que hay en ti un tesoro inmensurable, y de que eres mi mejor amigo. Pero me falta valor para deshacerme de las baratijas que abarrotan mi habitación. La mortaja que me cubre es una mortaja de polvo y muerte. La odio, pero la abrazo con amor. Mis deudas son enormes, mis fracasos mayúsculos, mi vergüenza secreta y opresiva. Aun así, cuando voy a pedir mi bien, tiemblo de miedo de que mi oración me sea concedida.

Rabindranath Tagore es el más contemporáneo de los hombres y, sin embargo, también el más antiguo. Sus palabras son un puente entre la mente moderna y los sabios más antiguos del mundo. Especialmente, su libro *Gitanjali* es su mayor contribución a la evolución humana, a la consciencia humana. Es uno de los libros más excepcionales que han aparecido en el siglo xx.

Tagore no es una persona religiosa en el sentido corriente. Es uno de los pensadores más progresistas —no tradicional, heterodoxo— pero su grandeza reside en su inocencia de niño. Y quizá debido a esa inocencia, fue capaz de convertirse en el vehículo del espíritu universal. Es un poeta de la más alta categoría, y también un místico. Semejante combinación solo se ha dado una o dos veces antes: en Jalil Gibran, en Friedrich Nietzsche y en Rabindranath Tagore. Estas tres personas llenan esa categoría. En la larga historia del hombre, esto es extraordinario... Ha habido grandes poetas y ha habido grandes místicos. Ha habido grandes poetas que tenían un poco de misticismo, y ha habido grandes místicos que se han expresado en poesía... pero su poesía no es brillante.

Tagore está en una situación extraña.

He oído hablar de un hombre que amaba a dos bellas mujeres y siempre estaba en dificultades, porque ¡incluso una sola mujer

es una dificultad suficiente! Las dos mujeres querían saber a cuál amaba más. Le llevaron a dar un paseo por el lago en una moto-
ra, y justo en medio del lago pararon la barca y le dijeron:

—Tienes que decidirte, porque nos oprime el corazón... Una vez lo sepamos, poco a poco llegaremos a tolerarlo; puede que lo aceptemos. Pero estar sin saber y no dejar de pensar en ello se ha convertido en una herida.

—¿De qué se trata? Preguntad directamente —dijo el hombre.

—Nuestra pregunta es: ¿A cuál amas más? —dijeron las dos mu-
jeres a la vez.

El hombre se quedó en un profundo silencio —era una situa-
ción tan extraña, en medio del lago— pero debió haber sido un
hombre con mucho humor. Dijo: «A cada una os quiero más
que a la otra». Y las dos mujeres quedaron satisfechas. Eso es
lo que querían.

Es difícil decir si Rabindranath es mejor como poeta o como
místico. Es ambos —es mejor como ambas cosas— y en el si-
glo xx...

Rabindranath no fue un hombre confinado en India. Fue un
cosmopolita, se educó en Occidente, y estuvo continuamente
viajando por diferentes países; le encantaba andar errante. Era
un ciudadano del mundo, y sin embargo, tenía profundas raíces
en India. Aunque volaba lejos, como un águila alrededor del sol,
no dejaba de volver a su pequeño nido. Y nunca perdió de vista su
herencia cultural, no importa lo cubierta de polvo que pudiese
haber llegado a estar. Fue capaz de limpiarla y convertirla en un
espejo en el que uno puede verse a sí mismo.

Sus poemas de *Gitanjali* son ofrendas de canciones a Dios.
Ese es el significado de la palabra *Gitanjali*: ofrendas de cancio-
nes. Él solía decir: «No tengo nada más que ofrecer. Soy pobre

como un pájaro, o rico como un pájaro. Puedo cantar una canción cada mañana, fresca y nueva, en agradecimiento. Esa es mi oración».

Nunca fue a ningún templo, nunca rezó en el sentido tradicional. Nació hindú, pero no sería correcto confinarlo a una cierta sección de la humanidad; era muy universal. Le dijeron muchas veces: «Tus palabras están tan fragantes de religiosidad, tan radiantes de espiritualidad, tan vivas con lo desconocido, que incluso los que no creen en nada más que la materia se sienten afectados, conmovidos. Pero nunca vas al templo, nunca lees las escrituras».

Su respuesta es inmensamente importante para vosotros. Dijo: «Nunca leo las escrituras; de hecho, las evito, porque tengo mi propia experiencia de lo trascendental y no quiero que las palabras de otros se mezclen con mi experiencia original, auténtica, individual. Quiero ofrecerle a Dios exactamente lo que constituye el latido de mi corazón. Puede que otros lo hayan conocido—sin duda, otros lo han conocido— pero su conocimiento no puede ser mi conocimiento. Solo mi experiencia puede satisfacerme, puede colmar mi búsqueda, puede darme confianza en la existencia. No quiero ser un creyente».

Estas palabras hay que recordarlas: «No quiero ser un creyente; quiero ser alguien que sabe. No quiero tener muchos conocimientos; quiero ser lo suficientemente inocente como para que la existencia me revele sus misterios. No quiero ser considerado un santo». Y la realidad es que en todo el siglo xx no ha habido nadie más santo que Rabindranath Tagore; pero no quiso ser reconocido como tal.

Dijo: «Solo tengo un deseo: ser recordado como un cantor de canciones, como un bailarín, como un poeta que ha ofrecido

todo su potencial, todas las flores de su ser, a la divinidad desconocida de la existencia. No quiero ser venerado; lo considero una humillación... algo feo, inhumano, y completamente distante del mundo. Todo hombre lleva en sí a Dios; toda nube, todo árbol, todo océano está lleno de divinidad, así es que ¿quién debe venerar a quién?».

Rabindranath nunca fue a ningún templo, nunca veneró a ningún Dios, nunca fue, en el sentido tradicional, un santo. Pero, para mí, es uno de los mayores santos que ha conocido el mundo. Su santidad se manifiesta en cada una de sus palabras.

«Obstinadas son las restricciones, pero me duele el corazón cuando intento vencerlas. La libertad es lo único que quiero, pero me avergüenzo de tener esperanza de ella.» Está diciendo algo no solo sobre sí mismo, sino sobre toda la consciencia humana. Semejantes personas no hablan de sí mismas; hablan del núcleo mismo de todo el género humano.

«Obstinadas son las restricciones...» Los obstáculos son enormes. Las cadenas que coartan mi libertad... me he apegado demasiado a ellas. Ya no me parecen cadenas; se han convertido en mis ornamentos. Son de oro, son muy preciados. Pero me duele el corazón porque, por un lado, quiero libertad y, por el otro, no puedo romper las cadenas que me impiden ser libre. Esas cadenas, esos ornamentos, esas relaciones, se han convertido en mi vida. No puedo imaginarme a mí mismo sin mi amada, sin mis amigos. No puedo imaginarme a mí mismo absolutamente solo, en silencio profundo. Mis canciones se han convertido también en mis grilletes, así es que «me duele el corazón cuando intento vencerlas. La libertad es lo único que quiero».

Esta es la situación de todo ser humano. Es difícil encontrar un hombre cuyo corazón no quiera volar como un pájaro, que no quisiera llegar a las estrellas remotas, pero que también tenga conocimiento de su profundo apego a la tierra. Está profundamente enraizado en la tierra. Su escisión es que está apegado a su encarcelamiento y su anhelo más profundo es la libertad. Está dividido contra sí mismo.

Esta es la mayor angustia, ansiedad. No puedes dejar el mundo que te encadena; no puedes dejar a los que se han convertido en tus obstáculos en la vida, porque ellos son también tus apegos, tus alegrías. De alguna manera, ellos son también un alimento para tu orgullo. Ni puedes dejarlos, ni puedes olvidar que no perteneces a este mundo, que tu hogar debe estar en alguna otra parte, porque en tus sueños siempre estás volando, volando a lugares remotos.

«La libertad es lo único que quiero, pero me avergüenzo de tener esperanza de ella.» ¿Por qué debería uno avergonzarse de tener esperanza de libertad?... Porque nadie te lo impide: puedes ser libre en este mismo momento. Pero esos apegos... han ahondado muy dentro de ti; se han convertido casi en tu propia existencia. Puede que te estén trayendo sufrimiento, pero también te traen momentos de felicidad. Puede que estén creando cadenas para tus pies, pero también te dan momentos de baile.

Es una situación muy extraña que todo ser humano inteligente tiene que afrontar: estamos enraizados en la tierra y que-




Esta es la mayor
angustia, ansiedad.
No puedes dejar el
mundo que te
encadena; no puedes
dejar a los que se
han convertido en
tus obstáculos en la
vida, porque ellos
son también tus
apegos, tus alegrías.

remos alas para volar por el cielo. No podemos desarraigarnos porque la tierra es nuestra nutrición, nuestro alimento. Y no podemos dejar de soñar con alas, porque ese es nuestro espíritu, esa es nuestra alma misma, eso es lo que nos hace seres humanos.

Ningún animal siente angustia; todos los animales están plenamente satisfechos tal como son. El

hombre es el único animal que está intrínsecamente descontento; por eso la sensación de vergüenza, porque sabe: «Puedo ser libre».



Ningún animal
siente angustia;
todos los animales
están plenamente
satisfechos tal
como son. El
hombre es el único
animal que está
intrínsecamente
descontento; por
eso la sensación
de vergüenza,
porque sabe: «Puedo
ser libre».

Siempre me ha encantado una antigua historia: un hombre, un gran hombre que luchaba por la libertad, viajaba por las montañas. Fue a pasar la noche en un caravasar. Se quedó asombrado de que en el caravasar había un loro muy hermoso que repetía continuamente: «¡Libertad! ¡Libertad!». Era un lugar de tales características que cuando el loro decía la palabra «¡Libertad!», seguía resonando en los valles, en las montañas.

El hombre pensó: «He visto muchos loros, y he pensado que debían de querer liberarse de esas jaulas... pero nunca he visto un loro como este, que se pasa el día, desde la mañana hasta que se duerme al atardecer, pidiendo a gritos la libertad». Tuvo una idea. Se levantó en mitad de la noche y abrió la puerta de la jaula. El dueño estaba profundamente dormido, y el hombre le susurró al loro: «Sal ahora».

Pero se quedó muy sorprendido al ver que el loro se aferraba a los barrotes de la jaula. Le dijo una y otra vez: «¿Te has olvidado de la libertad? ¡Sal! La puerta está abierta y tu dueño está durmiendo profundamente; nadie se enterará. Vuela por el cielo; todo el cielo es tuyo».

Pero el loro se aferraba tan concienzudamente, con tanta fuerza, que el hombre le dijo: «¿Qué pasa? ¿Estás loco?». Intentó sacar al loro con sus propias manos, pero el loro empezó a picotearle, y al mismo tiempo gritaba: «¡Libertad! ¡Libertad!». Los valles en la noche resonaron y volvieron a resonar. Pero el hombre también era testarudo, era alguien que luchaba por la libertad. Sacó al loro por la fuerza, y lo lanzó al cielo; y se sintió muy satisfecho a pesar de que tenía la mano herida. El loro le había atacado con toda la fuerza que pudo, pero el hombre se sintió inmensamente satisfecho de haber liberado un alma. Se fue a dormir.

Por la mañana, cuando el hombre se estaba despertando, oyó gritar al loro: «¡Libertad! ¡Libertad!». Pensó que el loro estaría en un árbol o en una roca. Pero cuando salió, el loro estaba en la jaula. La puerta estaba abierta.

Me ha encantado esta historia, porque es muy verdadera. Puede que quieras ser libre, pero la jaula tiene ciertas certidumbres, seguridades. En la jaula, el loro no tiene que preocuparse de la comida, no tiene que preocuparse de sus enemigos, no tiene que preocuparse de nada en absoluto. Es cómoda, es dorada. Ningún otro loro tiene una jaula tan valiosa.

Tu poder, tus riquezas, tu prestigio... todo eso son tus jaulas. Tu alma quiere ser libre, pero la libertad es peligrosa. La libertad no tiene seguro. La libertad no tiene ninguna certidumbre, ninguna seguridad.

Libertad significa ir andando por el filo de una cuchilla: en peligro en todo momento, abriéndote paso. Cada momento es un desafío de lo desconocido. A veces hace demasiado calor y a veces hace demasiado frío... y no hay nadie que se ocupe de ti. En la jaula, el dueño era el responsable. Cuando hacía frío, él cubría la jaula con una manta; él ponía un ventilador cerca cuando hacía demasiado calor.



La jaula tiene
ciertas certidumbres,
seguridades. En la
jaula, el loro
no tiene que
preocuparse de
la comida, no tiene
que preocuparse
de sus enemigos,
no tiene que
preocuparse de
nada en absoluto.
Es cómoda,
es dorada.

La libertad implica una responsabilidad tremenda; estás solo y por tu cuenta.

Rabindranath tiene razón: «La libertad es lo único que quiero, pero me avergüenzo de tener esperanza de ella». Porque no es cuestión de esperanza; es cuestión de correr un riesgo.

«Estoy seguro de que hay en ti un tesoro inmensurable, y de que eres mi mejor amigo. Pero me falta valor para deshacerme de las baratijas que abarrotan mi habitación.» Estás seguro de que en el mundo de la libertad, en la experiencia de la libertad, hay un tesoro inmensurable. Pero esta certeza es también una proyección de tu deseo: ¿cómo puedes estar seguro? Te *gustaría* estar seguro.

Sabes que tienes un anhelo de libertad. No puede ser de una libertad inútil; debe de ser de algo sustancioso, algo inmensurable. Estás creando una certeza para armarte de valor y así poder lanzarte a lo desconocido.

«... Y de que eres mi mejor amigo.» Pero todo esto son sueños hermosos, son esperanzas; la certeza es tu propia jaula, su seguridad. «Pero me falta valor para deshacerme de las baratijas que abarrotan mi habitación.» Todo esto son bellas ideas de la mente.

«La mortaja que me cubre es una mortaja de polvo y muerte. La odio, pero la abrazo con amor.»

Sabes que tu cuerpo va a morir. De hecho, tu cuerpo está hecho de material muerto; ya está muerto. Parece vivo porque hay algo vivo dentro de él. Irradia calor y vida debido al huésped que hay dentro de ti. En el momento que el huésped haya emprendido el vuelo, la realidad del cuerpo te será revelada.

Rabindranath dice que nuestros cuerpos están hechos de polvo y muerte. «La odio, pero la abrazo con amor.» Pero cuando te enamoras de una mujer, entonces se abrazan dos esqueletos; ambos sabéis que la piel es solo el revestimiento de un esqueleto. Si pudierais ver al otro en su verdadera desnudez —no solo sin ropa, sino también sin piel, porque esa es la verdadera ropa— entonces quedarías impresionado, y te escaparías lo más rápido posible de la persona amada con la que estabas prometiendo que ibas a vivir por siempre jamás. Ni siquiera mirarías hacia atrás; ni siquiera quisieras acordarte de ese fenómeno.

Sucedió en la corte de un emperador musulmán de India, Shahjehan. Este estaba enamorado de una mujer, pero ella no quería casarse con él.

Era un caballero, de lo contrario habría podido obligarla; trató de convencerla. Pero ella estaba enamorada de uno de los guardaespaldas del emperador. Y cuando este se enteró, se puso

hecho una furia. Ambos fueron apresados y llevados a la corte inmediatamente.

Shahjehan iba a cortarles la cabeza a los dos, sin dilación. Pero su primer ministro, que era muy anciano —había sido el primer ministro de su padre, y Shahjehan le respetaba igual que a un padre— dijo: «No lo hagas. Sé un poco más sabio; ese no es un castigo suficiente. Yo les daré el castigo adecuado». Ordenó que atasen a ambos juntos desnudos, abrazados, y que luego fueran encadenados a una columna de la corte. Los demás miembros de la corte no podían creerlo: «¿Qué castigo es este? Esto parece un premio; eso es lo que querían, abrazarse». Pero se equivocaban.

El anciano tenía verdaderamente una gran penetración psicológica. Los dos amantes también se extrañaron: «¿Qué castigo es este? ¡Esto es una recompensa!». Se abrazaron llenos de amor.

Los ataron con una cuerda, de modo que no podían escapar el uno del otro; y luego los amarraron a una columna. ¿Cuánto tiempo puedes abrazar a alguien? ¿Cinco minutos, siete minutos, media hora...? Después de veinticuatro horas, se odiaban mutuamente... tenían que hacerlo, no podía ser de otra forma. Sudaban, el olor de sus cuerpos impregnaba el lugar, sus excrementos... y no había manera de escapar. Después de veinticuatro horas, el anciano dijo: «Ahora dales su ropa y libéralos».

Y en cuanto cogieron su ropa, salieron corriendo en direcciones opuestas, para no volver a encontrarse nunca más; ¡ya se habían encontrado lo suficiente!

«La mortaja que me cubre es una mortaja de polvo y muerte. La odio, pero la abrazo con amor.» Así es la esquizofrenia del hombre, la personalidad dividida del hombre. Su casa está

dividida contra sí misma; en consecuencia, no puede encontrar la paz.

«Mis deudas son enormes, mis fracasos mayúsculos, mi vergüenza secreta y opresiva. Aun así, cuando voy a pedir mi bien, tiemblo de miedo de que mi oración me sea concedida.» Estas líneas solo pueden entenderse si os recuerdo otro poema de Rabindranath del mismo *Gitanjali*.

En ese otro poema dice: «He estado buscando y rebuscando a Dios desde que puedo acordarme, durante muchas, muchísimas vidas, desde el principio mismo de la existencia. Alguna que otra vez, le he visto junto a alguna estrella lejana, y he bailado y me he regocijado pensando que la distancia, aunque grande, no es imposible de alcanzar. Y he viajado y he llegado a la estrella, pero para cuando he llegado a ella, Dios se había ido a otra. Y esto ha estado sucediendo durante siglos.

»El desafío es tan enorme que sigo aferrándome a la esperanza... tengo que encontrarle, estoy absorto en la búsqueda. La búsqueda misma es tan enigmática, tan misteriosa, tan cautivadora, que Dios se ha vuelto casi una excusa: la búsqueda en sí misma se ha vuelto el objetivo.

»Y, para mi asombro, un día llegué a una casa en una estrella remota con un pequeño letrero en la fachada que decía: “Ésta es la casa de Dios”. Mi alegría no tuvo límite: ¡por fin, había llegado! Subí corriendo las escaleras, las muchas escaleras que llevaban a la puerta de la casa. Pero según iba acercándome a la puerta, de pronto surgió un miedo en mi corazón. En el momento en que iba a llamar, quedé paralizado por un miedo que nunca antes había conocido, que nunca había considerado, que nunca había

imaginado. El miedo era este: si esta casa es ciertamente la casa de Dios, ¿qué voy a hacer después de haberle encontrado?

»Ahora que buscar a Dios se ha vuelto mi vida misma, haberle encontrado será el equivalente a suicidarse. ¿Y qué voy a hacer con él? Nunca había pensado en estas cosas antes. Debería haber pensado antes de comenzar la búsqueda: ¿qué voy a hacer con Dios?


»Con los zapatos en las manos, retrocedí en silencio y muy lentamente, con miedo a que Dios pudiera oír el ruido y pudiera abrir la puerta y decir: “¿Dónde vas? ¡Estoy aquí, entra!”. Y cuando llegué a las escaleras, corrí como no había corrido nunca; y desde entonces he vuelto a estar buscando a Dios, buscándole en todas partes... y esquivando la casa en la que vive. Ahora sé que tengo que esquivar *esa* casa. Y continúo la búsqueda, disfruto el viaje mismo, el peregrinaje».

La sabiduría que hay en esta historia es tremenda. Hay buscadores de la verdad que nunca han pensado «¿qué haré con la verdad?». No puedes comerla, no puedes venderla; no puedes llegar a ser presidente porque tienes la verdad. A lo sumo, si tienes la verdad, la gente te crucificará.

Rabindranath tiene razón cuando dice: «Mis deudas son enormes, mis fracasos mayúsculos, mi vergüenza secreta y opresiva. Aun así, cuando voy a pedir mi bien, tiemblo de miedo de que mi oración me sea concedida», porque estas cosas son buenas para hablar de ellas: Dios, la verdad, la bondad, la belleza. Es bueno escribir tratados sobre ellas, hacer que las universidades otorguen doctorados, hacer que el comité del Nobel te conceda un premio. Estas cosas son buenas para hablar, para escribir, pero si llegas realmente a experimentarlas, tendrás problemas. Eso es lo que dice: tengo miedo de que mi petición pueda serme concedida.

Está bien que Dios esté sordo. No oye las oraciones; de lo contrario estaréis todos en dificultades. Tu oración te creará problemas, porque en las oraciones serás muy romántico y pedirás grandes cosas a cuya altura no podrás estar, y se volverán agobiantes e interferirán con lo que llamas tu vida... que, aunque llena de sufrimiento, va como una seda.

La verdad se vuelve una cruz; la vida se vuelve agobiante. La verdad se convierte en veneno para Sócrates. La verdad se convierte en la muerte para al-Hallach Mansoor. La verdad se convierte en crucifixión para Jesucristo. Y tú oras: «Dios, otórgame la verdad. Dame cualidades que sean divinas, celestiales». Pero Dios está sordo a propósito: para que tus oraciones no puedan ser oídas y puedas disfrutar ambas cosas, tu desdichada vida y tus bellas oraciones. Las oraciones no serán escuchadas —puedes seguir lleno de envidia, lleno de ira, lleno de odio, lleno de egoísmo, y seguir rezando a Dios: «Hazme humilde; y como “bienaventurados son los mansos”, hazme manso»— pero a propósito.



Está bien que
Dios esté sordo.
No oye las
oraciones; de lo
contrario estaréis
todos en
dificultades.

No está escrito en ninguna escritura, pero yo os digo con autoridad propia que, después de crear el mundo en seis días, lo último que hizo Dios fue destrozar sus oídos. Desde entonces, no ha oído nada; y desde entonces, tampoco nosotros hemos vuelto a oír de él.

De modo que está perfectamente bien: por la mañana vas al templo o a la iglesia o a la mezquita, rezas una bella oración, pides grandes cosas —sabiendo perfectamente que está sordo— y

luego sigues siendo igual de desagradable e infeliz. Después, mañana por la mañana, vuelve a rezar una buena oración... Es un buen arreglo, un buen acomodo.

Rabindranath, en su poema, está señalando una tremenda verdad: ¿Quieres realmente a Dios? ¿Quieres realmente la verdad? ¿Quieres realmente silencio? Si preguntas, y eres honesto, te sentirás avergonzado. Tendrás que aceptar que no quieres realmente estas cosas. Solo estás simulando que meditas; porque sabes que has estado meditando muchos años y no sucede nada. No hay miedo; puedes meditar y no sucede nada.

☞

La multitud nunca
perdona a los
extraños, la multitud
nunca perdona
a las personas
ajenas; los aniquila.
Tiene que
aniquilarlos para
preservar su propia
tranquilidad
mental.

En cuanto empieza a suceder algo, entonces hay problemas. Cuando empiece a crecer en tu vida algo que no crece en los corazones de la multitud que te rodea, serás un extraño, serás una persona ajena. Y la multitud nunca perdona a los extraños, la multitud nunca perdona a las personas ajenas; los aniquila. Tiene que aniquilarlos para preservar su propia tranquilidad mental.

Un hombre como Jesucristo es una molestia continua, porque te recuerda que tú también puedes tener la misma belleza, la misma gracia, la misma verdad, y eso duele. Hace que te sientas inferior, y nadie quiere sentirse inferior.

Y solo hay dos maneras de no sentirse inferior: una es volverse superior; esa es una manera ardua, y muy prolongada... peligrosa, porque tendrás que avanzar solo. La manera simple es acabar con ese hombre superior. Entonces toda la multitud está compuesta

de gente igual. Nadie es superior, nadie es inferior. Todos son taimados, todos son embusteros, todos son criminales a su manera. Todos son envidiosos, todos son ambiciosos. Todos están en las mismas, y se entienden perfectamente. Y nadie causa ningún revuelo sobre la verdad, sobre Dios, sobre la meditación.

La gente es feliz sin ningún Buda, sin ningún Sócrates, sin ningún Zaratustra, porque estas personas son como cimas elevadas de montañas, y tú pareces tan pequeño, como un pigmeo; eso duele. Dicen que los camellos nunca se acercan a las montañas. Han elegido vivir en el desierto porque en el desierto ellos son montañas andantes, pero junto a las montañas parecerán hormigas, y eso duele.

La manera más fácil es olvidarse de las montañas, decir: «Todas esas montañas son mitológicas, ficticias; la realidad es el desierto». De modo que disfrutas el desierto, disfrutas tu ego... y también disfrutas la oración: «Dios, por favor, libérame del ego, hazme humilde», sabiendo perfectamente que

no oye, que ninguna oración es concedida. Puedes rezar por cualquier cosa sin miedo, porque seguirás siendo el mismo, y además tendrás la satisfacción de orar por grandes cosas.

Por eso la gente, sin volverse religiosa, se hace cristiana, se hace hindú, se hace musulmana. No son personas religiosas en absoluto; estas son estrategias para evitar ser religioso. Una persona religiosa es simplemente religiosa; no es ni hindú, ni musulmana, ni cristiana, ni budista... no es necesario. Es veraz, es sincera, es compasiva, es amorosa, es humana... tan humana que casi representa lo divino en el mundo.



Una persona
religiosa es
simplemente religiosa;
no es ni hindú,
ni musulmana, ni
cristiana, ni budista...
no es necesario.

